

María Dermoût

Las diez mil cosas

Prólogo de Hans Koning

Traducción de Rafael Vázquez Zamora

Libros del Asteroide *

Primera edición, 2006

Título original: *De tienduizend dingen*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

© 1955 by the estate of Maria Dermoût, Amsterdam,
Em. Querido's Uitgeverij B.V.

© por la traducción: Rafael Vázquez.

Traducción cedida por Ediciones Destino, S.A.

© de la revisión de la traducción: Libros del Asteroide S.L.

© del prólogo, 2002 by Hans Koning.

Used by permission of New York Review Books.

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.

Santa Magdalena Sofia, 4 bajo 2ª,

08034 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 84-934315-9-1

Depósito legal: B 18.541-2006

Impreso por Reinbook S.L.

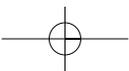
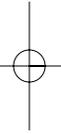
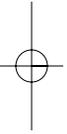
Impreso en España - Printed in Spain

Diseño colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 10,5.

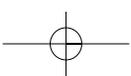
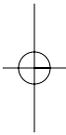
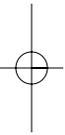
Índice

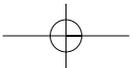
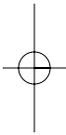
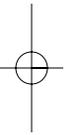
Prólogo, por HANS KONING	XI
PRIMERA PARTE: LA ISLA	5
SEGUNDA PARTE: EN LA BAHÍA INTERIOR	25
El Pequeño Jardín	27
Himpies	89
TERCERA PARTE: EN LA BAHÍA EXTERIOR	133
El comisario	135
Constance y el marinero	150
El catedrático	181
CUARTA PARTE: LA ISLA	229





Prólogo





Felicia o la tristeza sabia

Regresaba a los Estados Unidos en barco —hace ya de esto más de cuarenta años— y estaba sentado en cubierta leyendo las galeradas de una novela que Alice van Eugen-van Nahuys, de la editorial holandesa *Querido*, me había dado «para leer durante el viaje». (En aquel entonces había terminado de escribir mi primera novela, que publicaría Knopf, y Alice iba a editar la traducción al neerlandés.)

Aquellas galeradas eran de *Las diez mil cosas* de Maria Dermoût, una mujer holandesa que entonces vivía en Noordwijk aan Zee (Holanda) pero que había nacido y se había criado en las Indias Orientales Holandesas, la actual Indonesia. Maria tenía treinta y cinco años más que yo, pero también era su primera novela. Ha pasado mucho tiempo, pero lo recuerdo como si fuera ayer: el barco, el viento que soplaba sobre el Mar del Norte, y las lágrimas deslizándose por mi cara. Era una de las historias más hermosas, y tristes, que había leído nunca.

Ya en Nueva York, llevé aquella novela a Bob Gottlieb, mi editor en Simon and Schuster, y le dije que no tenía más remedio que publicarla. Corrían tiempos menos mercenarios en el mundo de la edición, pero de todos modos la palabra «traducción» asustó a Bob. No recuerdo por qué no

XII PRÓLOGO

probé suerte en otra editorial; en lugar de eso, yo mismo traduje «de prueba» los dos o tres primeros capítulos, sólo por gusto. Como era de esperar, Bob aceptó; esa novela brillaba con luz propia, sí, era triste, una característica con la que los editores suelen tener problemas, pero no deprimente; era triste de un modo duro, sabio y maravilloso.

Holanda y sus (en aquel momento) diez millones de habitantes no son en absoluto tan imperturbables como puedan creer quienes hayan leído *Hans Brinker o los patines de plata* y como seguramente se figurarán el resto de los lectores. Es un país que ha originado una magnífica producción de literatura moderna, especialmente en poesía; aunque admito que su ficción es un reflejo de la aburrida calma propia de un país avanzado y bien gobernado. En el pasado siglo sólo han existido dos excepciones a esta calma: la ocupación alemana durante la segunda guerra mundial y, anteriormente, el papel que jugó Holanda como potencia colonial. La ocupación alemana fue una enfermedad que se curó al ganarse la guerra. El imperio colonial, si bien puede verse también hoy como una enfermedad —un desequilibrio mental del cual el mundo se está liberando, aunque de forma más sutil todavía persista—, era más que eso. El colonialismo otorgó un sentido dramático mayor que el que hubiera podido emanar única y exclusivamente de esos diez millones de habitantes de las costas del Mar del Norte. Una nueva dimensión en el imaginario del escritor.

Aún así, la literatura holandesa no ha generado ningún Kipling. Al contrario, el escritor «colonial» más conocido en la actualidad, Multatuli, era un enconado opositor al colonialismo, y eso es precisamente lo que confiere intensidad a su obra. Lo mismo se podría decir de otros escritores «tocados» por las Indias, como Louis Couperus, el único novelista holandés que ha logrado aparecer en el *Ameri-*

can College Dictionary, o Eduard du Perron, muerto en mayo de 1940 durante la invasión de Holanda. Yo mismo tuve la suerte de poder trabajar durante un año en la radio indonesia, justo después de que el país hubiera alcanzado su independencia, y cuando el presidente Sukarno aún se dirigía a sus colaboradores en neerlandés; entonces me resultaba fácil imaginarme como un André Malraux americano-holandés.

Pero Maria Dermoût es una escritora *sui generis*, un caso único. No escribió sobre las Indias como holandesa, ni tampoco como javanesa o ambonesa. El suyo era un desdén, cercano a la compasión, hacia las líneas divisorias, los odios y los miedos. Sólo algunos de sus personajes eran holandeses; hacía hincapié en el color de su piel, pero en un contexto puramente estético: un profesor escocés es «pálido y pecos», un noble javanés tiene un «rostro moreno claro... Sin embargo, su gracia no resultaba afeminada».

Dermoût *pintaba* paisajes, naturalezas muertas y retratos de personas en un mundo de mito y misterio. Este mundo surge de un entramado formado por animales y plantas; hombres, mujeres y niños; perlas de la tierra y perlas del mar — «lágrimas del mar» —, anémonas, medusas con pequeñas velas que se izan cuando el viento es favorable y cangrejos que saludan con sus pinzas a la luna; y cada una de estas cosas tiene en ese mundo un papel y un destino, poseen un alma propia. En cierto sentido, el de Dermoût es un animismo sustentado no sobre supersticiones primitivas, sino sobre un amor que abarca toda la creación. En este mundo, el mayor pecado que existe es rechazar el amor que se nos ofrece.

Felicia, la heroína de la novela —una heroína de verdad—, es una joven que vive con su hijo en una de las «Islas de las Especias», a principios del siglo veinte. Ella le ense-

XIV PRÓLOGO

ña las diez mil cosas que forman la isla, pero la riqueza de estas enseñanzas se pierde cuando él, ya adulto y convertido en soldado, muere asaeteado por un cazador de cabezas.

«No era una mujer hipersensible ni propensa al sentimentalismo, pero, mientras viviese, no se extinguiría en ella la profunda y ardiente lástima por todos aquellos que habían sido asesinados. Se rebelaba contra el asesinato; no podía aceptarlo, ni para su hijo ni para nadie, ni antes ni ahora ni en toda la eternidad.»

Esa mujer es también Maria Dermoût, cuyo único hijo murió en un campo de concentración japonés.

En esta novela, que fluye como un torrente claro, hay momentos en que la historia, el tiempo mismo, llega a una sobrecogedora inmovilidad.

Como cuando Himpies, que se había marchado a estudiar a Europa, vuelve a la isla convertido en un joven tan parecido a su padre —ese «extranjero de un hotel en Niza» que había abandonado a Felicia tiempo atrás, sin una palabra, llevándose con él sus joyas, las mismas que ella le hubiera dado de habérselas pedido—, que al verlo, al «alto y guapo desconocido, con su uniforme blanco, el corazón de Felicia dejó de latir un instante. Pero cuando estuvo más cerca ya no era el hombre de Niza, sino otro distinto... con los ojos cálidos, oscuros y de brillantes destellos del chico llamado Himpies, que le dijo: “¡Hola, madre, por fin he vuelto!”»

O cuando cuenta la historia de un joven noble javanés, que trabaja en una oficina del gobierno y que es comisionado como ayudante de un profesor escocés en una expedición científica. El joven había sido estudiante en la Universidad de Leyden durante un año, hasta que recibió una carta

comunicándole que debía regresar «por falta de fondos». Por eso termina en aquella oficina.

Pero conserva un retrato de su madrastra, una princesa del principado javanés de Solo. En la fotografía aparece sosteniendo un quitasol, vestida con el batik y cubierta con un chaquetón de terciopelo, luciendo todos sus diamantes y sus perlas; su nombre y rango aparecen al pie de la imagen, junto a las palabras «en vestido de viaje»:

«entonces pensó algo en lo que nunca había pensado. Pensó que si cuando se encontraba aún estudiando en Leyden, cuando aún estaban a tiempo, se hubiera sacado ella uno de los anillos de sus finos dedos, o se hubiese quitado uno de sus pendientes, o el alfiler de diamantes, o el broche de oro y diamantes con que se sujetaba las plumas de marabú... Pero ella, la Señor Princesa, la del vestido de viaje, no hizo nada de eso. Y Supraptu no dispuso de fondos para proseguir sus estudios.»

O también cuando Felicia, regresando a casa en un pequeño bote después de haber ido a la ciudad a recoger una carta de su hijo, mira al agua y, «de repente aparecieron tres tortugas jóvenes, las tres del mismo tamaño, con los caparazones muy brillantes y casi rojos. En ellos se distinguía perfectamente un dibujo simétrico de rayas y puntos marrón, amarillo y negro. Movían la cabeza arriba y abajo. A pesar de lo jóvenes que eran, tenían esa cabecita de viejo calvo con el cuello arrugado; sus ojillos brillaban bajo los adormilados párpados y sobre la boca grande y amarilla como el pico de un pájaro.

»Se sumergieron con las aletas hacia arriba, como si se estuvieran ahogando y luego volvieron a ascender y, muy juntas, nadaron una encima de otra, pero sin tocarse, con una

XVI PRÓLOGO

gracia que parecía estudiada y que sin embargo era natural. Entonces, tan inesperadamente como habían aparecido, desaparecieron en la profundidad líquida.»

Al día siguiente, llega la noticia de que, en el preciso instante en que ella miraba a las tortugas, su hijo moría. No hay sentimentalismo en la novela de Maria Dermoût. Hay violencia, asesinatos. Un día al año la mujer solitaria de la isla lo dedica a recordar a los asesinados y los asesinos de la isla, a llorarlos y perdonarlos. Uno de ellos es Himpies, que la ha hecho víctima de una soledad inconmensurable. «Y ella se fue... bajo los árboles, hacia la casa, para beber una taza de café y procurar seguir viviendo.»

La última vez que vi a Maria Dermoût, un año antes de su muerte, me dedicó un ejemplar de la traducción al inglés de su libro, y lo fechó: «Otoño, soleado, 1960.» Y en la nota que escribió sobre ella misma para dicha traducción, escribió:

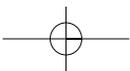
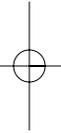
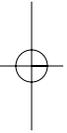
«Por lo que recuerdo, nos enseñaron que cada ser humano tiene su propio valor, que deberíamos estar agradecidos de que los hombres no seamos idénticos... Cuando escribo acerca del “entonces” y el “allí”, no lo hago para lamentarme, sino porque aún puedo verlo claramente delante de mí...

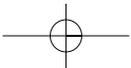
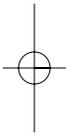
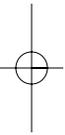
— ¿Es literatura de evasión? — me pregunta mi nieto.

— Tal vez — respondo. — ¿Y qué si lo es? »

HANS KONING

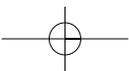
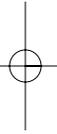
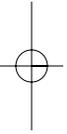
Las diez mil cosas



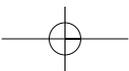
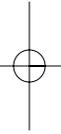
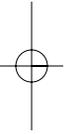


*Una vez vistas diez mil cosas en su unidad, volvemos al
comienzo y permanecemos donde siempre hemos estado*

TS'EN SHEN



PRIMERA PARTE
La isla



En aquella isla de las Molucas quedaban unos cuantos jardines de la gran época de las especias, los «parques de especias». Nunca hubo muchos, y en esta isla, desde hacía mucho tiempo, ya no los llamaban *parques*, sino *jardines*.

Ahora como entonces, los jardines se extendían a lo largo de ambas bahías —la exterior y la interior—, y los árboles especieros se arracimaban por clases: claveros, mirísticos (que dan la nuez moscada)... Entre estos grupos había grandes árboles de sombra —por lo general, kanari—, y en la parte más cercana a la bahía crecían cocoteros y plátanos como protección contra el viento.

Ni una sola de las casas estaba entera; un terremoto las había derruido. Aquí y allá quedaba parte de alguna vieja edificación: un ala, un muro... Más adelante las habían aprovechado para construir viviendas humildes.

¿Quedaba algo de la gloria pasada?

Sí: algo parecía flotar aún, impalpable, por aquellos jardines, algo del brillante pasado.

Si uno se detenía en cualquier lugar, entre los árboles pequeños, y hacía calor, le resultaba fácil percibir un intenso aroma a especias...

En una de aquellas silenciosas habitaciones en estado rui-

8 MARIA DERMOÛT

noso, con una ventana de estilo holandés con amplio alféizar...

En una franja de playa, bajo los plátanos, donde se deshacen las pequeñas olas: una tras otra..., tras otra..., tras otra...

¿Qué podía ser?

La huella de un ser humano, de algo que sucedió, puede permanecer en un lugar, de modo casi tangible... Y quizás haya alguien que sepa de qué se trata y a veces piense en ello. Pero aquí era distinto: no había en qué apoyarse para el recuerdo, no había certidumbre; tan sólo una pregunta, un quizá.

¿Estuvieron tumbados aquí dos amantes alguna vez y sigue resonando su *para siempre*, o quizá se despidieron entre los pequeños árboles de nuez moscada y la única palabra que persiste es su *adiós*?

¿Acaso jugó una niña con su muñeca en este alféizar?

¿Quién se encontraba entonces en la playa mirando la incesante cadencia triple de las pequeñas olas? ¿Y en la bahía?

Hay allí un silencio que es una respuesta, un silencio constituido de resignación y expectación. Un pasado que no ha pasado.

Aparte de eso, no había mucho más.

Dos de los jardines estaban encantados.

Por un jardincito de la bahía exterior, cerca del pueblo, se paseaba un ahogado; pero era un ahogado reciente. No se trataba, pues, de un fantasma antiguo. Y por otro jardín de la bahía interior vagaban, desde hacía muchísimo tiempo, tres niñas.

La casa había desaparecido: incluso los cimientos y los trozos de muro, que habían seguido en pie mucho tiempo después del terremoto y del incendio, habían sido retirados por fin. Pero quedó un pabellón de huéspedes bajo los árbo-

les próximos a la playa: cuatro amplias habitaciones que daban a una galería lateral abierta.

Y este pabellón también estaba habitado: en él vivía la señora a quien pertenecía el jardín.

Tenía un bello nombre —señora von Tal y Cual (éste había sido el apellido de su esposo, procedente de una familia noble de Prusia oriental)— y era la última de una familia holandesa de cultivadores de especias.

Aquel jardín permaneció en manos de la familia durante cinco generaciones; después de la señora, su hijo habría constituido la sexta generación; y los hijos de éste, la séptima. Pero no había de ser así. El hijo de esta señora había muerto joven y sin descendencia, y ella tenía ya más de cincuenta años, sin más hijos ni pariente alguno. La última.

Según la costumbre de la isla, donde fastidiaba tener que recordar los nombres difíciles y donde todos llevaban apodo, llamaban a esta señora *la dama de la bahía interior* y también *la señora del Pequeño Jardín*, pues así se llamaba aquel jardín.

El Pequeño Jardín no era en verdad tan pequeño; se trataba en realidad de uno de los mayores de la isla, pues se extendía por detrás hasta el pie de una cordillera. La bahía interior lo limitaba por el frente, y a derecha e izquierda lo bordeaban dos ríos.

El río de la izquierda, donde la tierra era llana, fluía oscuro y perezoso entre los árboles, con escasa profundidad y casi siempre vadeable. Pero la gente del pueblo de la otra orilla prefería cruzarlo en una pequeña balsa que impulsaba con una pértiga de bambú.

A la derecha continuaban los montes hasta la misma playa. Un río estrecho pero de curso rápido y caudaloso se precipitaba espumeante sobre las rocas, y luego se calmaba en un valle hasta la desembocadura en la bahía interior.

10 MARIA DERMOÛT

En el valle se criaban aves de corral: muy buenos pollos y patos. También había vacas, cuyos establos disponían de abundante agua fresca para su limpieza, y no quedaban demasiado cerca de la casa.

Detrás del pabellón y formando con él un ángulo recto, había toda una fila de anexos de techo bajo y gruesos muros de piedra. A un lado, en su campanario de madera, colgaba aún la antigua campana de los esclavos. Ahora se empleaba para dar la bienvenida o despedir a todos los praos que se presentaban en la bahía, aunque este rito se olvidaba con frecuencia.

Detrás empezaba el bosque, un precioso bosque con muchas sendas y abundantes calveros por entre las masas de árboles, sobre todo en la parte más cercana a la casa. En él crecía de todo en confusa mezcla, plantas útiles e inútiles: árboles de especias, frutales, kanaris llenos de nueces, palmeras (las palmeras aren, de las que se sacan azúcar y jara-be), muchos cocoteros, palmeras sago en los sitios más húmedos... Pero había también muchos árboles raros, de flores extrañas, cuyo único derecho a la existencia se lo confería el ser bellos.

Un pequeño sendero recto —que no conducía a parte alguna— bordeado por casuarinas, altos abetos con largas agujas caídas, movidas por las brisas de la bahía interior, que producían un ruido suave como si estuvieran murmurando todos juntos. Los llamaban los árboles cantarines.

Un arroyuelo de agua clara discurría por el bosque: más arriba, una parte de su reducido caudal atravesaba un tronco vacío e iba a parar a un depósito rematado con una cabeza de león tallada, cuyas melenas estaban llenas de verdín. Por la boca abierta salían varios chorros de agua cruzados que caían en una cisterna de piedra, amplia aunque de poca profundidad, con un borde para sentarse.